

P. Adolfo NICOLÁS PACHÓN, S.I.,
Prepósito General de la Compañía de Jesús

Viniendo de una orden misionera, siento la obligación de reflexionar sobre nuestra historia. Difícilmente podemos pensar en una Nueva Evangelización a menos que estemos seguros de que hemos aprendido de la Primera Evangelización, tanto de nuestros aciertos como de nuestros errores así como de las insuficiencias que sufrimos en el deseo de comunicar el Evangelio.

Vengo de una Tradición en la que fuimos alentados y entrenados en el propósito de **encontrar a Dios en todas las cosas**, en todos los acontecimientos y situaciones. San Ignacio tomó esta idea, sin duda, del Nuevo Testamento, donde, por ejemplo, San Pablo en su famoso discurso en el Areópago cita uno de los poetas clásicos diciendo: “en Él (esto es, en Dios) vivimos, nos movemos y somos” (Hechos 17:27-28). Dios está presente y activo en cada comunidad humana, incluso si no somos capaces de notar cómo o la profundidad de su presencia.

Pues bien, temo que nosotros, los misioneros, no hemos buscado a Dios en todas las cosas con suficiente profundidad y por eso no hemos contribuido a la vida de la Iglesia con los descubrimientos que debimos hacer. No estoy culpando de ninguna forma a los misioneros en general, hablo solamente desde mi propia tradición, mi propia experiencia y mi propio grupo misionero. Estoy seguro de que muchos misioneros, incluso otros jesuitas lo han hecho mejor que yo.

Ciertamente, hemos intentado ser positivos en nuestra visión de otras culturas y tradiciones. Pero me temo que lo que hemos visto han sido en su mayoría, signos de Fe y Santidad occidentales (inclusive el *Instrumentum Laboris*, hablando de los frutos de la Fe, señala en los Números 122 al 128 algunos signos, excelentes en si mismos y fácilmente reconocibles por las Iglesias de Occidente). No hemos incursionado con suficiente profundidad en las culturas en las que el Evangelio se proclamó de modo de ver esa parte del Reino de Dios que ya estaba ahí, enraizada y activa en los corazones y las relaciones de las personas. No tuvimos demasiadas ganas de encontrar el “**factor sorpresa**” en la obra del Espíritu Santo, que hace crecer la semilla aun cuando el sembrador está dormido o el misionero ausente.

Estoy convencido de que esto se puede aplicar a la *Missio ad Gentes* así como a la Nueva Evangelización en el mundo moderno. Hasta donde sé, cada generación se queja de la siguiente, y considera que algo de la sabiduría del pasado se ha perdido. Y sin embargo, el Espíritu de Dios no ha estado ocioso, sino trabajando en los corazones de las personas y en las percepciones de los sabios. Toca a nosotros escuchar con mayor atención y una inmensa humildad para reconocer la voz de Dios donde no esperamos que pueda ser escuchada.

Recuerdo que en mis años de seminarista me impresionó mucho un estudio sobre la Revelación en el Concilio de Trento, que publicaron los entonces profesores Karl Rahner y Joseph Ratzinger. Según ellos, cuando el Concilio de Trento hablaba de las “Escrituras”, se refería al Antiguo Testamento, mientras que cuando hablaba del Evangelio, consideraba que

el Evangelio estaba presente en dos lugares: En los escritos del Nuevo Testamento y -aquí estaba la sorpresa- en los corazones de los fieles.

Al no prestar suficiente atención a cómo Dios se manifiesta y ha estado trabajando en los pueblos que encontramos, nos perdimos pistas, intuiciones y descubrimientos importantes. Por eso, es ahora el momento de aprender de esta historia, de las carencias de la Primera Evangelización, y tiene que ser antes de pasar a la Nueva. Muchas cosas buenas han pasado, que vamos a querer mantener, desarrollar y celebrar. Al mismo tiempo somos conscientes de todos los errores cometidos, sobre todo cuando no se escuchó del todo a las personas, cuando juzgamos con enorme superficialidad los méritos de culturas y tradiciones ricas y antiguas, al imponer formas de culto que, en el mejor de los casos, no expresan las relaciones y sensibilidad de la gente cuando se volvían hacia Dios en oración y alabanza.

La plenitud en Cristo necesita de la contribución de todos los pueblos y todas las culturas. Hay muchas lecciones que podemos aprender del pasado, y que pueden ser de gran ayuda Nueva Evangelización. Permítanme solamente mencionar, brevemente, algunas antes de terminar:

1. La importancia de **“las maneras de humildad”** para comunicar el Evangelio.
2. La necesidad de afirmar **“la verdad acerca de nuestra limitada e imperfecta humanidad”** en todo lo que decimos y proclamamos, sin rasgos de Triunfalismo.
3. La **simplicidad del mensaje** que tratamos de comunicar, sin complicaciones o racionalizaciones excesivas que lo vuelvan opaco e incomprensible.
4. **Generosidad** al reconocer la obra de Dios en la vida y la historia de los pueblos, acompañada de sincera **admiración, alegría y esperanza** cada vez que encontremos en otros **bondad y dedicación**.
5. Que el mensaje más creíble es el que se procede de nuestra vida, tomada totalmente y guiada por el Evangelio de Jesucristo.
6. Que el **Perdón y la Reconciliación** son los atajos más útiles al corazón del Evangelio.
7. Que **el Mensaje de la Cruz** es mejor comunicado a través de **la muerte** (de si mismo y sus objetivos limitados) **del misionero**.

Gracias por vuestra atención.

Adolfo Nicolás SJ.